

ya que los escritores antiguos le negaron este honor, se le procuró él mismo, contando en sus cartas las limosnas hechas á Marcial, y á las hijas de Quintiliano. Si Seneca hubiera hecho otro tanto, se le diria, como vamos á oír ahora: *que el contar sus propias virtudes, no es ciertamente el testimonio mas auténtico para confirmar la virtud de alguno (a)*. Pues de las mismas cartas de Plinio sacó el Señor Abate la noticia de sus limosnas.

Los Malignos eran solamente los que pro-
palaban que Seneca era avaro, usurero, y ladron, y á esto responde con mucha elegancia en el libro de *Vita beata*, donde dice por fin en boca de Sócrates: *Objicite Platoni, quod petierit pecuniam: Aristoteli, quod acceperit: Democrito, quod neglexerit. O vos usu maxime felices, cum primum vobis imitari vitia nostra contigerit! Quin potius mala vestra circumspectis, quæ vos omni parte confodiunt! Non eo loco res humanæ sunt, etiamsi statum vestrum parum nostis, ut vobis tantum otii supersit, ut in probra meliorum agitare linguam vacet (b)*.

§. VI.

(b) Tom. 2. pag. 151.

(a) Cap. 27.

§. VI.

Quarta acusacion: Fausto, y orgullo.

Hemos visto ya quanto desagradan á Tiraboschi la ingratitud, la adulacion, y las riquezas de Seneca. Con todo, lo que mas le irrita es una especie de presuncion, que se advierte en todos sus escritos, que parece quiere proponersenos como modelo, y dechado de todas las virtudes. En todos sus libros, y hasta en sus *Epistolas* reprehende siempre con tanta altaneria, y orgullo, que es difícil se haga lugar con los lectores (a). No sería en verdad un crimen peculiar de Seneca, si se encontrase en él aquel fausto, y deseo de gloria comun á todos los filósofos gentiles, que hizo decir de ellos á San Gerónimo, *animales sedientos de gloria, y viles esclavos del aplauso popular (b)*. La modestia, y la humildad fueron virtudes desconocidas ó poco apreciadas en aquella escuela. Estos sublimes documentos estaban reservados para nuestro divino Maestro.

Pero sin embargo, soy de sentir, que por lo menos la sombra de estas virtudes se halla mas en Seneca, que en otro alguno de los filósofos gentiles. Y pues que su acusador pretende descubrir

(a) Tom. 2. pag. 151.

(b) Tom. 1. Edic. Veró. col. 307.

brir el orgullo, y la altanería en todos sus escritos, y hasta en sus Epistolās, veamos si es cierto que en aquellos, y en éstas se proponga á sí mismo como exemplar de las virtudes. Hablando en la Epistola 27 con Lucilo, le dice: *Tu me, inquires, mones: jam enim te ipse monuisti jam correxisti? Non sum tam improbus, ut curationes æger obeam: sed tanquam in ædem valetudinario jaceam, de communi malo tecum colloquor, remedia communico. Sic itaque me audi tanquam mecum loquar: clamo mihi ipse numera annos tuos, & pudebit eadem velle, quæ volueras puer: hoc denique citra diem mortis præsta, moriantur ante te vitia.* Es este modo de reprender con orgullo, y altanería? En otra aconseja al mismo, que huya de los espectáculos, y de la concurrencia de gentes, y para esto le confiesa el daño que ha experimentado en sí: *Ego certe confiteor imbecillitatem meam: nunquam mores quos extuli refero. Aliquid ex eo, quod composui, turbatur; aliquid ex iis, quæ fugavi, redit (a).* Y después le dice en la siguiente: *Salutares admonitiones, velut medicamentorum utilium compositiones litteris mando; esse illas efficaces in meis ulceribus expertus: quæ etiam si persanata non sunt, serpere desierunt. Rectum iter, quod serò cognovi, & lassus errando, aliis monstro.* Respondiendo en el libro de *Vita beata (b)*, á los que como Tiraboschi le acusaban de que se hacia censor de los de-

(a) Epist. 7.

(b) Cap. 17.

litos de los demas, *siendo tan culpado como qualquiera otro*, les dice: *Non sum sapiens, & ut malevolentiam tuam pascam, nec erò; hoc mihi satis est, quotidie aliquid ex vitiis meis demere, & errores meos objurgare. Non perveni ad sanitatem, nec perveniam quidem; delinimenta magis quam remedia podagræ meæ compono.* No satisfecho con esto, añade: *hæc non pro me loquor. Ego enim in profundo vitiorum sum (a).* En verdad, que no se compone bien esto con verse en todos los escritos suyos, un hombre que lleno de presuncion, de altanería, y orgullo, se propone á sí mismo como modelo, y dechado de todas las virtudes. Confiesa sus imperfecciones, y sus vicios; protexta que tiene necesidad, como enfermo, de aquellos remedios que enseña á los demas: *lenguage nada altivo, y muy propio para hacer impresion en sus lectores.* Si alguna vez se propone á sí propio como exemplo de imitacion, al mismo tiempo da á entender que conoce sus defectos, y procura enmendarlos. Yo no descubrí aqui el fausto, y orgullo que se grita; pues este modo de reprehender los vicios, y estimular á las virtudes, lo veo practicado por maestros de la perfeccion cristiana.

Pero Seneca, añade Tiraboschi, habla frecuentemente de sí; de forma, que todas las virtudes heroicas que le atribuye Justo Lipsio, las ha sacado de sus mismas obras; y á la verdad que este no

es

(a) Epist. 18.

es un testimonio muy auténtico, para que se pueda producir en confirmacion de la virtud de alguno (a). No nos dirá el Señor Abate de dónde ha sacado las virtudes heroycas que nos refiere de Plinio? en las mismas obras de éste, leemos que los dias de fiestas, y juegos solemnes á que concurría todo Roma, eran para él dias de estudioso retiro: las quejas y lamentos que usa quando ha de arrimar los libros por cumplir con la amistad, la liberalidad que hizo con Marcial, y con las hijas de Quintiliano, y los servicios hechos á la patria. Todas estas particularidades se hallan en las cartas de Plinio (b); con que si el referir sus propias virtudes no es el testimonio mas auténtico que puede producirse á favor de alguno, por qué ha de servir en abono de Plinio, y en perjuicio de Seneca? Será porque éste tiene la desgracia de ser reprehensible, asi quando habla, como quando calla. Si cuenta sus virtudes es un hombre lleno de presuncion, soberbia, y altanería. Si calla sus liberalidades, se infiere de ello, que fué un aváro. Me parece que aquella resignacion estoyca, que fué suficiente á nuestro filósofo para recibir con serenidad la muerte, no le bastaría para sufrir con paciencia á semejantes acusadores. En Seneca todo desagrade, nada se excusa, ni se perdona. No acabo de admirar el extraordinario disgusto de Tiraboschi, quando este filósofo habla alguna vez de

(a) Tom. 2. pag. 151.

(b) Tom. 2. pag. 105. 106.

sí mismo: como si al tiempo que cuenta sus virtudes, no confesára también sus vicios, y fragilidades: como si cubriera sus defectos con el mentiroso velo de la hipocresía; y como si no los publicase con una laudable ingenuidad.

Quánto mas ha hecho el justificado filósofo Ciceron, para merecer este cargo del fausto, y vanagloria, y con todo, el autor de la historia literaria no se desazona de la arrogancia con que habla de sí, texiendose su propio panegírico con un orgullo repugnanté. ¿Por ventura, ha encontrado este autor en Seneca aquel anhelo de ser aplaudido que se advierte en tantos lugares de los escritos de Ciceron? Veamos como se explica su modestia con Lucio Luceyo, quando éste escribia la historia de Roma. *Me consume, le dice, un deseo asombroso, y en mi concepto muy laudable de que quieras ilustrar mi nombre con la claridad de tus composiciones. Espero con ansia el gozar en vida de la grande satisfaccion de oír las alabanzas que me hagas. No es preciso que guardés el orden de los tiempos, sino que anticipes los sucesos, y hagas primero mencion de mis cosas. Ya que he empezado á pasar los límites de la modestia, es necesario vencer todos los reparos; y asi te pido que adornes mis acciones en mejor modo de lo que acaso corresponderá á su mérito, y que no mires á las leyes de la historia, sino al vínculo de nuestra amistad; la qual quisiera que pudiese contigo en esta materia algo mas que la verdad (a).*

(a) Lib. 5. Epist. 12.
Tom. I.

Así escribe el autor del Evangelio de la Ley natural (a), aconsejando á Luceyo, que falte á la verdad de la historia, y que sea un adulator declarado en la relacion de sus hechos. De este modo se abrasa en el fuego de la propia gloria este rígido filósofo, que reprehende en los otros como cosa muy vergonzosa el obrar bien por deseo de ser celebrado (b). Es constante que Seneca no llegó á tal extremo de presuncion y soberbia: ni se descubre en alguno de sus escritos, que perdisese enteramente la moderacion, y el respeto: pero esto no impide que el fausto de Seneca, y no el de Ciceron sea lo que mas disguste á Tiraboschi.

Aun la muerte misma de Seneca, prosigue este autor, nos ofrece otro nuevo testimonio de su soberbia, pues si parece digna de elogio la constancia con que la sufrió, me parece igualmente impropio de la modestia de un filósofo, el volverse á sus amigos, y dejarles como por herencia la memoria de sus virtudes (c). Por el contrario me atrevo á afirmar, que este pasage de las acusaciones nos presenta otro nuevo testimonio de la injusticia que hace á Seneca; porque no contento el Señor Abate con desacreditar su vida, quiere ahora despojarle de los elogios que ha merecido á todos los escritores, por la serenidad de ánimo con que sufrió la muerte.

No

(a) Act. Lip. 1727. pag. 48.

(b) Tuscul. quæst. lib. I.

(c) Tom. 2. pag. 151.

No le fué permitido hacer testamento, y por eso volviendose á sus amigos les dijo, penetrado de afecto, y gratitud, que no pudiendo dejarles otras pruebas de su amor, les dejaba lo mejor que tenia, que era la imagen de su vida. Y esto les dijo, escribe el P. Causino, no por soberbia, sino con amor y sinceridad, y con autoridad casi de padre, que se despide por la última vez de sus hijos, encargandoles que le imiten en aquello que hubiere hecho de bueno. Así escribe San Pablo á sus discipulos: Sed imitadores míos (a).

Estas últimas palabras de Seneca hacen ver claramente la falsedad de sus pretendidos delitos: porque si estaba manchado con todos los vicios, como quieren sus acusadores, no podian estar ocultos á sus amigos, y familiares: y si fué tan fino su artificio, que supo encubrir sus defectos, aun á los que le trataban mas de cerca, ¿cómo los conocieron sus enemigos, y los que vivieron despues de él, como Dion? Mas: si los amigos de Seneca sabian que era un hipócrita, que baxo el velo de aparentes virtudes ocultaba los vicios mas infames, no habian de reirse antes que llorar de ternura (b), al oír que un adúltero, un ingrato, un aváro, un ladrón, y un usurero les decia, lleno de amorosos afectos, que les dejaba sus virtudes como un don precioso?

Todas estas reflexiones me persuaden quan po-

(a) Corte Santa.

(b) Tacito Annal. lib. 15.

poca racon tiene Tiraboschi, para sospechar que Seneca era un hipócrita, que con capa de virtud encubria sobrados vicios, y para juzgarle tan digno de censura, como qualquiera de los que él mismo reprehende. No quiero persuadir que haya sido un hombre impecable, ni que deba colocarse sobre los altares: pero sí digo, que se debe proponer como un hombre honesto, dotado de una rectitud natural, y adornado de las virtudes morales, que enseña el buen uso de la razon. Este es el camino medio entre los dos extremos de panegirista, y censor de Seneca, y puntualmente el que no ha hallado Tiraboschi, ni ha creído que pudiera hallarse.

Encontró este camino Fabricio, quando en su Biblioteca discurre asi: *yo no me persuado que Seneca fuera cristiano, pero tampoco le creo ateista: no le venero como santo, ni como angel, pero menos le tengo por hipócrita, que encubriera vicios infames. Miro á este filósofo como á un hombre de buen natural, que con el estudio de la filosofía estoica, y con la contemplacion de la providencia divina, supo en medio de la profusion, y bullicio de la corte de Roma, conocer la vanidad de la ambicion, y la necesidad de la avaricia, y de los placeres terrenos: hombre que no alteró su igualdad de vida, ni por las prosperidades, ni por las desgracias, y que llegó á considerar con heróica intrepidez la muerte: hombre en fin, que pudo gozar por mas tiempo sus honores, y aun la vida si hubiera querido conservar uno y otro, á costa de lisongear las desenfrenadas pasiones de Neron, y sus funestos designios contra la república.*

Per-

Perdoneseme esta apología, quizá sobrado larga, de Seneca, que me ha parecido debía hacer por el honor de un sugeto, que tanto ilustró la literatura Española, y tambien por dar una idea del modo como escriben estos AA. modernos; quienes abrazan con demasiada voluntariedad toda ocasion de disminuir la fama de los literatos Españoles, que son las mismas palabras de que se vale Tiraboschi, contra los que han intentado disminuir la fama de algunos Italianos (*).

DI-

(*) Mucho convendria para vindicar á Seneca, y hacer manifiestas las excelencias de este célebre filósofo, que no fuese tan raro el comentario que hizo á sus obras Erasmo Sixto, docto Médico Polaco, que publicó en Leopolo año 1627. en quarto, y es obra rarísima aun en Polonia.